

NIEVES EN SU PALACIO

Nieves en su palacio. Su palacio lleno de ancianos con bastones, sillas de ruedas, sin piernas y brazos en cabestrillo. En la entrada, un elegante recibidor que pierde su brillo cuando uno se adentra en el edificio; olor de pañales sucios, viejos solitarios postrados en la silla de su habitación junto a una triste ventana. Peleas de chacales por los pasillos. Funcionarias cansadas que cantan a la muerte con palabras altas y malos gestos. Nieves en su palacio de soledad, de añoranza por el eterno y punzante recuerdo de su hija muerta, de su bella y melancólica niña en cientos de fotografías. Nieves, que llora la ausencia de su espigado marido. Nieves, que se aferra a la vida con un amor platónico, con una amistad de sonrisa etrusca. Nieves, que ve cómo la vida se le va con la muerte de su amigo, un solterón, un niño en su campana de cristal, construida por su sordera. Nieves vestida como una reina, una reina original, excentrica, de mente abundante, de corazón generoso; con una chaqueta de cuero rojo, unos pantalones lisos y azules, unas gafas de sol y una pulsera y collar a juego. Nieves sobre su tacataca, con movimientos de pájaro exótico, va repartiéndose por los pasillos. Nieves que pone la nota distinguida entre tanta vulgaridad, entre tanto

egoísmo. Nieves criticada por ser ella y no las demás, por pensar, por amar, por protestar. Nieves con su rebeldía, con su carácter fuerte, con su voz grave defendiendo su misma voz. Nieves con su humor inteligente, con sus ponchos imposibles, con su genialidad, mofándose de todos y de todo. Nieves con sus recuerdos de mujer coqueta, siempre la cabeza de una interminable fila de pretendientes. Nieves, pura trasgresión del muerto Oviedo y sus formas. Nieves desde su ventana mirando a un pájaro, mirando al cielo, mirando a.....
Nieves en su palacio.